

VII

LAS SORPRESAS DE LA MARQUESA

Cuando, después de salir el gran marqués, María de Villanueva se encontró sola con Glorieta, su primera idea fué de caer de rodillas ante el gran Cristo de los brazos redentores.

Durante largo tiempo permaneció como abismada en una muda acción de gracias.

Acababa en efecto de ver y hablar á su verdadero Jacobo, á su defensor, á su héroe, al amor único de su juventud, al solo hombre á quien invocara durante los largos años de su solitaria desesperación. Háblalo visto tal y como parecíale que debía ser. ¿Un poco maduro? Sí, sin duda alguna. Diez años de cautiverio no transcurren sin dejar en el cautivo las huellas de su paso; pero vigoroso siempre moralmente, siempre caballeresco, y más que nunca decidido, más que nunca valeroso.

La prueba es que su primer movimiento, luego de

las efusiones naturales tras la separación de tantos años, había sido para dictarle á ella su deber, y enseguida marchar él mismo en busca de Solange, de su Ange, á la que acababa de secuestrar del hogar materno una vergonzosa conspiración de los que trafican con el honor como si este fuera vil mercancía.

Desde algunos meses antes, justo es decirlo, desde que se verificara su excursión á la gruta de la Magdalena, hubo de observar la marquesa cierto cambio en la actitud, antes tan confiada y tan natural, de su hija. Sin embargo, teniendo en cuenta que vivían como dos reclusas en su castillo de Bonaguil no dió al tal cambio la menor importancia. Su maternal prudencia solo se alarmó ligeramente en el decurso de su viaje hacia Paris, y esto por haber observado que Solange concedía más atención de la debida al caballero de escolta — tan voluntaria como poco discreta — que las seguía desde el comienzo de su viaje.

Sin embargo, como al ocurrir la aventura del cercado de los cartujos pudo la marquesa contemplar el rostro del atrevido caballero, la desconfianza que la conducta de éste le inspirara en un principio se desvaneció en absoluto, y aun hubo de trocarse en cierta vaga esperanza cuando tuvo ocasión de oírle hablar, con lenguaje en que resplandecía la lealtad y la altiveza, al indecoroso personaje que aspiraba á suplantar, por orden ó voluntariamente, á su marido el gran marqués.

No : un hombre cuyo rostro pareciese tanto al de su hermana Blanca, no podía ser un enemigo. Así hubo de pensarlo la marquesa María, y quedó tranquila á este

respecto. Pero entonces una preocupación más grave determinó en su corazón de madre nuevas alarmas. Solange habíase conmovido, emocionado profundamente al ver por casualidad y solo durante un momento á un duelista que batíase con otros en el Prado de los Clérigos.

Asustada de veras esta vez, y deseosa de combatir el efecto producido en el alma de su hija por la aparición del refinado que habíase cruzado en su camino, María empleó los grandes recursos, y puso á su hija al corriente de todos los detalles de su lamentable odisea.

Hubiérase dicho entonces que Solange haciéndose cargo de lo que decíale su madre y accediendo á las súplicas de ésta, hallábase dispuesta á olvidar... Y he aquí que la taimada Catalina de Médicis había concebido la infernal idea de introducir en el aprisco un lobo bajo las especies del falso marqués de Villanueva.

Sucedió lo que tenía que suceder; que aconsejada por tal impostor, en quien ella creía reconocer á su padre, y habiendo hecho la casualidad que el hombre con quien querían obligarla á casarse fuese el mismo que acababa de despertar su corazón, hasta entonces dormido, Solange olvidó como por encanto las advertencias, los consejos y las súplicas de su madre, para no pensar más que en lo que era para ella motivo de especial satisfacción y aun de infantil orgullo.

La marquesa acusaba á su hija en su fuero interno, sin perjuicio de encontrar excusas para lo que ella misma calificaba de rebeldía. La juventud, la inexperiencia, el orgullo exagerado...

Afortunadamente Jacobo, el padre, habíase presentado á tiempo. ¿Quién podría resistirle? Con seguridad iba á caer como el rayo sobre los raptos de su hija, á enjuiciarlos y á regresar con Solange escarmentada y de su error de un momento.

...no pudo hacer lo mismo en la desconocidos habíanse va desapa- de su ... trar por el atrac... 10 inconcebible.

Entornados los ojos, y pasando insensiblemente con el pensamiento del momento actual á una época ya remota, parecíale á la marquesa estar viendo á sus dos hijas gemelas; creía oírles discutir á propósito del vestido de una muñeca, ó de la forma de un bucle de sus cabellos, asuntos graves que ocupan de continuo los cerebros de las niñas, mujeres en miniatura... Solange era siempre la que se imponía demostrando ya su carácter voluntarioso y autoritario. « Lo quiero » — decía á cada momento. Y Genoveva, siempre risueña, humilde siempre, obedecía sin protestar las órdenes de su hermana, doblegándose á la despótica voluntad.

Y sin embargo, y por increíble que parezca, la realidad era muy distinta, y el resultado del choque de ambos caracteres diametralmente opuesto á lo que hubiera podido creerse.

Esto tiene una explicación. Genoveva, aunque débil y resignada en apariencia, oponía en realidad una resistencia increíble á lo que juzgaba contrario á sus aficiones ó á su modo de ver las cosas, y sumisa al parecer, dirigía en lugar de prestar acatamiento á las impulsiones de su hermana.

Pensando en esta diferencia de caracteres, repetía la marquesa en su fuero interno :

— No, no ; mi ángel rubio no hubiera cometido esa falta. Tenía el mismo carácter que su padre. Puesta en el trance en que se vé ahora su hermana, habría reflexionado, adivinado el peligro ; y antes de afrontarlo habría venido á contármelo todo, todo... ¿Dónde estará mi pobre ángel, si es que existe? ¡Señor, Dios misericordioso y justo, tened piedad de mis sufrimientos ! Si place á vuestra voluntad soberana privarme de una parte de mi corazón, guardad la que voluntariamente se desprendió de él, y devolvedme á mi Genoveva, á la que nunca habríame abandonado, á aquella cuya pérdida lloro inconsolable...

Extraño estremecimiento agitó el cuerpo de la marquesa.

Dos labios candentes acababan de posarse sobre una de sus manos que le pareció bañada al mismo tiempo por el rocío de las lágrimas. Fué tan dulce, tan íntima su emoción, que temiendo verla desvanecerse, no se atrevió á cerciorarse de la procedencia de aquel testimonio de abnegada simpatía. Era tal la turbación provocada en su alma adolorida por los últimos acontecimientos, que lá infeliz madre habíase olvidado en

absoluto de la presencia de Glorieta bajo su techo hospitalario.

Por efecto sin duda de tal olvido, y pletórica aún la mente enfermiza de pensamientos á cual más lancinantes, hubo de estremecerse al darse cuenta de que inconscientemente acababa de desear una enormidad.

— Una madre — se dijo — no tiene el derecho de escoger entre sus hijos... Y sin embargo, yo he hecho esa criminal selección. Mi preferencia ha tomado la forma de una plegaria. Tal vez el cielo ha escuchado mi súplica, aunque no es digna de una madre, ni de una mujer católica...

Así diciendo, decidióse al fin á mirar, embargada aún por enfermizo temor, y un suspiro de satisfacción, motivado por haberse engañado, subió hasta sus labios al reconocer á Glorieta.

— ¡Pobre niña! — murmuró acariciándola. — ¿Lloras, sin duda porque me ves llorar? Eso me prueba la bondad de tu alma. Tranquilízate, yo te querré mucho, cumpliendo así los deseos de mi marido. Serás hermana de Solange, que regresará, estoy segura de ello, de un momento á otro. Tú serás nuestro consuelo, nuestra confortación en las rudas pruebas que el Señor nos tiene sin duda reservadas... ¡Ven, déjame que te abrace!

Sin hacérselo repetir, la mudita se dejó caer en los brazos de la angustiada señora, y en ellos refugiada continuó llorando dulcemente.

Eran las suyas lágrimas de alegría.

Sin saber porqué, tal vez por una especie de atavismo,

bien por intuitiva comprensión ó por impulso espontáneo é irreflexivo, Glorieta quería ya con delirio á aquella noble señora que pocas horas antes le era de todo punto desconocida.

El perfume de los cabellos de la gentil rubita trastornó un punto el cerebro de la marquesa y fué causa de que sus mejillas se coloreasen fuertemente.

— ¡Seré yo loca! — pensó con cierta angustia que no le era dado reprimir. — Pues no me recuerda este olor...

Apartó de su seno á la niña, manteniéndola frente á ella, sujeta por los hombros para examinarla más á su sabor.

— Ahora tendría tu edad; — balbuceó con esfuerzo. — Sería bonita, como tú, y como tú buena... Jacobo también lo ha dicho: « Es tal y como sería la que lloráis; se le parece mucho, no solo en lo físico, sino también en lo moral... » Y ha dicho la verdad. Por eso te guardo, y pediré á Dios que haga por mi ángel rubio todo lo que yo estoy dispuesta á hacer por ti... Sí, es indudable que tienes su misma cara; pero tal vez la voz es diferente... ¡Vamos á ver, niña, háblame, dime algo! Dime, por ver cómo suena en tus labios esa palabra, nada más que por eso, dime... mamá.

La hija de Pedro Mirot sonrió tristemente.

— ¿No quieres complacerme? — preguntó la marquesa. — ¿Te repugna pronunciar una palabra que en tus labios, y á mí dirigida, sería una falsedad?

Deseando sin duda deshacer el penoso equívoco, tomó Glorieta su amuleto, y escribió en él una sola palabra.

La marquesa, inclinada sobre el hombro de la muda, pudo leer con dolorosa emoción:

— ¡Mamá!

Hubo un momento de silencio, durante el cual una porción de encontrados sentimientos agitaron el alma de la marquesa.

— ¡Es cierto! — dijo ésta por fin, como si volviese á la realidad de las cosas. — La Providencia te ha negado el uso de la palabra; ¡cómo has de ser tú, aquella en cuyo probable regreso he llegado á creer en un instante de desvarío ó demencia! No importa; — añadió enternecida, acariciando á la mudita. — Te mimaremos lo mismo que habríamos hecho con ella... Yo seré para ti eso que acabas de escribir en la hoja marfileña; una madre. Ven, hija mía, ven; debes tener necesidad de descanso... Voy á acostarte en mi propia cama. Así podré velar mejor por ti y defenderte en caso necesario... ¡Quién sabe lo que puede ocurrir! En todo caso puedo asegurarte que los que me han robado á las otras dos, no se atreverán á arrancarte de entre mis brazos. Ven...

En la mañana del siguiente día, tras una noche pasada con relativa tranquilidad, gracias á la esperanza que hubo de sostenerla, la marquesa abrió los ojos para contestar á su fiel servidora la anciana Francisca Peiragude. Esta la entregó una invitación, que acababa de llegar al Hotel, para la fiesta que aquella misma noche había de celebrarse en la torre de Nesle.

Y como advirtiera la cabecita de la niña muda, que aureolada por sus rubios cabellos aun dormía junto á

la noble dama, hubo de exclamar, uniendo sus manos en ademán de gran extrañeza y de profunda alegría :

— ¡Alabado y bendecido sea el santo nombre de Jesús, ni noble señora! ¿Cómo y dónde ha encontrado por fin vuestra señoría á la segunda niña alimentada á mis pechos, á la dulce señorita Geno...

— ¡Silencio! dijo la marquesa. — Hay cosas de las que no puede ni hablarse. Dime, ¿qué hace monseñor?

La vieja criada vaciló un momento, preguntándose sin duda si debía ó no contar la fantástica aventura de la noche precedente, esto es, la aparición en el patio de honor de una segunda edición del gran marqués y la precipitada marcha del aparecido á lomos de Montjoie. ¿No acababa de decir su misma ama que hay cosas de las que no debe ni hablarse? ¡Cuidado si pasaban cosas estupendas en aquella casa desde dos días antes!

No sabiendo cómo salir del paso, se limitó á contestar :

— El señor ha pasado la noche en sus habitaciones con sus nuevos amigos.

— ¿Estás segura de que se encuentra aún en ellas?

— Segurísima, noble dama; como que mi Gualberto vela á la puerta, en la galería.

La marquesa reflexionó durante un momento.

— Jacobo — se dijo — le ha puesto un centinela de vista... Sin duda debe haber pensado en el modo de castigar á ese bandido. Pero el caso es que tarda en volver... ¿Le habrá ocurrido algo? No; mi corazón me lo habría dicho. Tal vez Solange está mala... Sí, eso

debe ser; ya se vé, las emociones, el miedo sin duda... Afortunadamente, su padre está junto á ella; ambos volverán, de un momento á otro.

Inconscientemente, sin darse cuenta de lo que hacía, la marquesa había abierto el pliego que le entregara Francisca, y leía su contenido.

He aquí lo escrito en aquel pliego :

« De orden del rey, nos, prevoste de los mercaderes y regidores de la ciudad de Paris, invitamos á la noble señora marquesa de Villanueva-Marsan asi como á la noble señorita de Villanueva su hija, para que asistan á la fiesta que se celebrará esta noche 4 de abril de 1577 en el Hotel señorial de Nesle. »

Autorizaban este documento varias firmas con nombres burgueses.

— Si Jacobo no me hubiese prevenido que recibiría esta invitación, y aun dádome sus instrucciones con respecto á la misma, — dijo sonriendo la marquesa — ¡con qué placer la declinaría! Pero ¿qué veo? — añadió; — hay una nota.

Y siguió leyendo :

« El disfraz es de rigor para las señoras jóvenes y las señoritas de la nobleza. » Y además... sí, sí, unas líneas trazadas á la mano... Pero, ó bien yo veo visio- nes, ó no acierto á comprender este enigma...

La marquesa, al decir esto, se arrojó del lecho, y con gran estupefacción de Francisca, quien no acertaba á comprender la actitud extraña de su señora, dirigióse corriendo hacia la ventana cuya cortina levantó, para mejor leer.

Luego pudo ver la vieja servidora cómo su ama llevaba con frenético impulso el escrito á sus labios, besándolo repetidamente mientras murmuraba en frases entrecortadas :

— ¡Vivo! ¡También él vive! ¿Será posible, Dios de bondad? Pero no tardaré en saberlo. Decidida estaba ya, pero de no ser así, la esperanza de ver de nuevo al esposo de Blanca habría acabado con todos mis escrúpulos... ¡ Señor, Señor! Pero ¿qué es lo que dice? ¿Qué es lo que se propone hacer?

Digamos aquí, para explicar la actitud extraña de la marquesa, que al calor del aliento de ésta mientras leía la invitación, habían aparecido de pronto algunas palabras escritas por una mano misteriosa con ayuda de tinta simpática. El aviso, visible ó invisible según el grado de la temperatura, decía, de este modo :

« Es preciso, María, que asistáis á esta fiesta, que será el punto de partida del triunfo del pueblo y determinará el término de vuestros males al destruir, con un régimen caduco, una raza real gangrenada. — Un amigo á quien creéis muerto hace muchos años. Jacobo de Armañac y de Saboya-Nemours. »

La brusquedad con que la marquesa María habíase arrojado del lecho para correr á la ventana, fué causa de que Glorieta despertara de su sueño reparador y tranquilo. Apoyando un codo en las almohadas, contemplaba la niña todo cuanto al despertar ofrecíase de pronto á su mirada atónita.

El severo lujo de aquella habitación, en la que sin duda se encontraba por la vez primera, parecía sin

embargo recordarle algo ya visto. ¿Dónde, cuándo, en qué sitio ó en qué época? Ella no hubiera podido precisarlo. De ahí que moviese la cabeza, como para desechar un sueño engañoso, y que su mirada se apartase con pena de la tapicería del Primitivo que parecía haberla interesado particularmente.

Este movimiento dió por resultado poner á la mudita en plena luz.

— ¡Bondad divina! — balbuceó la vieja Francisca al observar el azul intenso de sus pupilas. — Tal vez hago mal en obstinarme, pero nadie me sacará de la cabeza que si las dichas se suceden hasta tres veces, lo mismo debe pasar con los aparecidos...

En este momento volvía la marquesa hacia el lecho, admirando desde lejos la carnación nacarada de los bien dibujados hombros de la niña de los ojos azules y de los cabellos de oro.

— ¡Cabellos de oro, ojos azules y hombros nacarados! — pensaba. — No, no es posible que esta criatura lleve en sus venas la misma sangre que los diabólicos zingaros, vagabundos de tez tostada y negras cabelleras...

Y como sorprendiese el final de la frase de Francisca al pasar junto á ésta :

— ¿Es que sueñas despierta? — le preguntó. — ¿Qué aparecidos son esos de que hablas, mi buena Francisca?

— Decía, noble señora, que cuando se presenta uno es porque le siguen varios; á veces cuatro, otras veces cinco, pero nunca menos de tres.

— Sospecho que chocheas; — dijo sonriendo la marquesa.

— De ningún modo, señora. Fijaos bien, — añadió la Peiragude — en que ya hemos contado el retorno de nuestro amo y señor, primer aparecido; ahora mismo, leyendo ese pergamino, acabáis de exclamar: « ¡Vivo! ¡También él vive » y supongo que os referiais á monseñor Jacobo...

— No andas muy descaminada.

— Pues ya lo veis. Ese hace el número dos...

— ¿Y el tercero?

Francisca bajó la voz para decir á su ama, señalándole á la muda:

— Si fuese la niña tan llorada... la dulce Geno...

Puso María una mano sobre los labios de su servidora, y ordenó con severo tono:

— ¡Silencio, desgraciada! ¿No comprendes que sin saberlo puedes causar la desgracia de Solange?

Luego, ya calmada, añadió señalando á Glorieta que no se atrevía á moverse, no sabiendo qué pensar de aquella extraña escena:

— Esta joven, que se llama Glorieta, ha sido adoptada por mi esposo y por mí. La servirás y la querrás como á nosotros mismos, sin hacer distinción alguna entre Solange y ella. Tal es el deseo del gran marqués y el mio propio. Ahora, dime: ¿está aún aquí la inglesa?

Francisca se inclinó para contestar:

— Perdonad, señoría. Su lecho está intacto. Además, Pierrilla la ha buscado inútilmente por todo el Hotel.

— Tanto mejor. No teniendo esa espía nada más que hacer contra nosotros, y cumplida ya la misión que sin duda le fué confiada, se ha apresurado á alejarse para evitar las represalias. Vaya bendita de Dios. Ocupémonos pues de lo que importa. Yo no puedo permitir que esta niña se ponga las mismas ropas que llevaba ayer. Vas pues á revolver mis armarios, y en ellos encontrarás de seguro algo con que poderle confeccionar, ayudada por Pierrilla un traje presentable.

— Noble dama, — dijo Francisca, — creo que hay medio de hacer algo mejor y más pronto.

— ¿Cómo?

— Esta joven parece ser de la misma estatura que... La marquesa no la dejó acabar.

— Basta! — dijo tomándola por un brazo. — Se te ha ocurrido que podría ponerse alguno de los vestidos de Solange, ¿no es eso? Pues no; eso jamás. Yo no quiero que la desgracia que ha pesado sobre ésta alcance también á aquélla; ya te lo he dicho. No, eso no: por nada en el mundo. Preferiría que Glorieta siguiese vistiendo su falda chillona y más corta de lo debido.

La marquesa, que acababa de vestirse un peinador, tomó al decir esto una faldilla vasca que hallábase sobre una butaca y la mostraba á Francisca. Era la misma falda con que la cubriera Reinalda, la criada del maestro La Fraicheur, cuando hasta el domicilio de éste hubo de llevarla Sed de Amor, desnuda y envuelta en su capa, luego de arrancarla de las garras de sus verdugos en el castillo de Chaumont.

Obediente como siempre á las órdenes de su ama, disponíase la Peiragude á salir en busca de Pierrila cuando la marquesa la detuvo.

— Espera; — le dijo. Será preciso además moderar un poco, poniéndolo á la moda del día, mi último traje de corte, y preparar además mis joyas.

Sorprendida hasta lo indecible, Francisca levantó al cielo sus descarnados brazos.

— ¡Vuestras joyas! — dijo. — ¡Dulce Jesús! Pero ¿es que vais al baile?

— Así es en efecto.

— ¡Dios de bondad! Si me parece increíble... y eso que me lo estáis diciendo.

Como si se complaciese en aumentar la confusión de la vieja, la marquesa añadió:

— Y esta niña me acompañará.

— ¿Pero cómo la vestiremos? insistió la Peiragude, que decididamente no comprendía.

— No habrá para ello dificultad alguna, — dijo María. — ¿Te acuerdas del traje que me hice para asistir al baile de disfraces que se dió con motivo de haberse firmado la paz de Lonjumeau?

— ¡Vaya si me acuerdo! Una verdadera preciosidad... Era un traje de mandarina...

— De hospodarina, mujer.

— Bueno, lo mismo da. Por cierto que debe estar como nuevo porque, como ocurrió al poco tiempo la desgracia, pues... no ha vuelto á servir.

— Pues esta noche servirá. Anda, y muévete un poco, que hemos de hacer bastante, y el tiempo apremia.

Una vez que se hubo retirado la fiel servidora, la marquesa fué á sentarse al borde de la cama, estrechando en sus brazos á Glorieta con febril nerviosidad. Y es que en realidad las caricias que la pobre y padecida señora prodigaba á una joven que veinticuatro horas antes le era aún desconocida, podían tener en apariencia más de nervioso que de espontáneo; sin embargo eran en la realidad profundamente sinceras. Prodigábalas con toda su alma; y si conseguía dominarse hasta el punto de olvidar sus angustias maternas cuando contemplaba á la rubia gitanilla ó cuando reclinaba la cabeza de ésta sobre su oprimido pecho, era en virtud de la dualidad de sus sentimientos actuales.

Teniendo como tenía confianza ilimitada en su esposo, hallábase segura de que éste triunfaría, y esperaba verle reaparecer de un momento á otro en compañía de su Solange, salvada á tiempo por la paternal abnegación, en la lucha entre el principio del bien, representado por el gran marqués, y el principio del mal que representaba Catalina de Médicis, instigadora del rapto de Solange.

Á este elemento, que devolvía la calma á su sensibilidad moral, llegaba á sumarse otro, la imprecisión del cual antojábasele un problema insoluble y mantenía su espíritu en suspenso. Zumbaba de continuo en sus oídos la frase pronunciada por su esposo al presentarle á Glorieta: « Se parece á Genoveva por la cara y por el corazón ». Esta frase llenaba el cerebro de la marquesa, y aunque procuró evitarlo, por parecerle un

absurdo lo que se le antojaba, acabó por dar mentalmente la razón á su marido.

A partir de este momento, convino consigo misma en que si su Genoveva viviese aún, tendría la edad de aquella niña vagabunda, cuyo sueño acababa de velar durante toda la noche. Tendría, además, la misma opulenta y rubia cabellera, la barbilla redondeada, las minúsculas orejas, la nariz de aletas delicadas, la frente noble y las pupilas de lapizlázuli de Glorieta, bajo la caricia de las cuales adivinábase la firme reflexión de un cerebro bien equilibrado.

Tanto era esto así, que la misma Francisca, al contemplarla, había estado á punto de darle por dos veces el nombre de la hermana gemela de Solange.

Cierto que Francisca no era su madre: pero había criado á Genoveva, como á Solange. Podía pues creerse que la voz de la sangre había hablado en ella al ver á una desconocida cuya presencia en el Hotel ignoraba en absoluto.

Perdida en un mar de confusiones, sin atreverse á creer en la posibilidad de un suceso que era el deseo más ardiente de su corazón, y sin atreverse tampoco á rechazar en absoluto ilusiones que podían ser absurdas, pero que le proporcionaban gran consuelo, la marquesa ayudaba á Glorieta á vestirse, y extasiábase de continuo ante la pequeñez de los pies de la niña, ante la gracia de sus miembros casi infantiles, y sobre todo ante la finura de las muñecas y tobillos.

— ¿Cómo es posible — se decía — que la unión de una vagabunda zingara y de un miserable cualquiera

encontrado tal vez al borde de un camino, haya producido esta joya, esta obra de arte, de carne y hueso, esta muestra de plástica elegancia que la antigua Tanagra hubiera deificado?

¡Ah, si la marquesa hubiese podido interrogarla, hacerla hablar, referir su vida; si le hubiese sido dado despertar sus recuerdos más lejanos! Tal vez entonces... Pero era muda. ¡muda! Debía pues abandonar la esperanza de hacer una incursión por el pasado de aquella pobre niña.

Cierto es que Glorieta sabía escribir; pero á los labios de la marquesa se agolpaban las preguntas en tal número, que se hacia preciso poner en ellas orden, condensarlas, porque la pobre criatura podía perderse en aquel laberinto de interrogaciones, y porque cualquiera de estas, mal hecha, podría determinar una respuesta errónea.

Además, Francisca y Pierrila interrumpieron durante toda la mañana con su presencia el proyectado y difícil interrogatorio. Tratábase de refrescar un poco los trajes para la fiesta de aquella noche, y sobre todo de ajustar al talle de la silenciosa niña adoptada por la marquesa, el disfraz rumano con el que debía presentarse en la torre de Nesle.

Cuando el traje estuvo listo, Glorieta se lo probó, y muy divertida al verse tan ricamente ataviada, dióse á pasear por la habitación haciendo ondular sus caderas y la corta faldilla, que dejaba al descubierto las bien torneadas piernas vestidas de medias transparentes de finísima seda azul oscuro.

— ¡Si parece un ángel del buen Dios, esta señorita! — exclamó Francisca entusiasmada. — Vamos á probarle el antifaz.

Glorieta no se hizo de rogar para ponérselo. Era de terciopelo, con caidas de rico encaje.

El sencillo cambio que al ponerse el antifaz habíase operado en ella, produjo un efecto inesperado. La señora de Villanueva palideció, llevando ambas manos á su corazón, que parecía querer saltársele del pecho, mientras Francisca por su parte miraba estupefacta.

— ¡Sois vos, sois vos, noble dama! — murmuró en voz baja, expresando, con el suyo, el pensamiento de la marquesa. — Me parece que os estoy viendo delante de vuestro espejo con ese mismo traje hace diez años, la víspera de la batalla de San Dionisio...

Aquella misma tarde, deseando engañar su impaciencia, disponíase la marquesa á enseñar á Glorieta las habitaciones del ala occidental del Hotel, cuando le anunciaron la presencia del gran marqués. Si este hubiese llegado un poco más tarde, es probable que su esposa hubiese visto cambiarse sus dudas en certidumbre, — según pudo comprobar algún tiempo después — por cuanto la simple inspección por parte de Glorieta de ciertos objetos colocados en el cuarto de Solange, sobre todo del grupo de mármol que representaba dos niñas abrazadas y besándose en la boca, habría producido un resultado imprevisto, provocando al mismo tiempo inmensa alegría en el alma hartamente acongojada de la noble señora.

Pero no sucedió así; la fatalidad quiso que el mar-

qués se presentase cuando aún su esposa luchaba entre la necesidad de ver realizadas esperanzas locas, pero necesarias á su vida, y el temor de acogerlas imprudentemente.

Ajena en absoluto á lo que aún le esperaba, interrogó ansiosamente á su marido, al tiempo de dejarse caer en sus brazos.

— ¡Solange! — le dijo. — ¿Habéis dado con nuestra hija, Jacobo?

Este contestó afirmativamente con la cabeza.

Una contracción dolorosa agitaba los músculos faciales de aquel hombre de hierro. Sin embargo, como le estaba prohibido revelar á aquella madre la cruel verdad; como no podía decirle: « Nuestra hija ha muerto, y yo mismo he practicado el embalsamamiento de su hermoso cuerpo rígido y frío », porque tal noticia la habría matado, y como por otra parte érale indispensable ganar tiempo, tuvo el valor de formular una piadosa y heroica mentira.

— No os preocupéis de ella, María, — dijo. — La he dejado en el Priorato del Cuenco, en cama, porque tenía fiebre...

— En ese caso corro allá; mi puesto está junto á ella. Está enferma; además los raptos pueden volver...

— Allí están para cuidarla y defenderla la mujer del guarda y su hija Juanola. Tranquilizaos, marquesa. Os doy mi palabra de honor de que Solange no corre ya peligro alguno.

La voz del marqués se alteró un tanto al anunciar la

horrible realidad con esta frase ambigua, pero su esposa, ya tranquila, no lo advirtió.

Francisca acababa de entrar con lámparas encendidas. Por la ventana entreabierta llegaban á la habitación los ruidos característicos de una orgía algo lejana.

El marqués escuchó con atención.

— Bueno va; — dijo. — Ese cobarde rufián no se ha atrevido á desobedecer mis órdenes. *Continúo encerrado en mi habitación.* Lo malo es que *hago* demasiado ruido. La italiana debe espiar *mi sombra* y podría extrañarse de saber que se encuentra en dos sitios á la vez.

Luego de llamar, dijo á Pierrila que se presentaba para recibir órdenes :

— Mi enhorabuena, pequeña; has crecido bastante desde que dejamos de vernos, y eres lo que se llama una guapa moza. Dime, ¿está tu hermano Gualberto de centinela á la puerta de mi cuarto?

— Allí está en efecto, monseñor, — dijo Pierrila.

— Bueno, pues anda y dile que á través del agujero de la cerradura comunique esta orden : « El aparecido tiene jaqueca y quiere silencio. » ¿Has comprendido?

— Sí, monseñor, pero...

— Anda y déjate de peros. Sospecho que la jaqueca del aparecido se acentúa cada vez más.

Alejóse Pierrila, y la marquesa se acercó á su esposo, sonriente y tranquila.

— Mira ; — dijo alargando al prócer la invitación que recibiera poco antes, que tenía guardada en el seno. — Mira lo que hay escrito ahí, al pie del pergamino.

Leyó el gran marqués, y pudo oírsele que murmuraba contrariado :

— ¡ Jacobo, mi mejor amigo, mi hermano casi!... Ya había yo previsto, y aun temía esto... Formamos en dos campos diferentes... El desgraciado proyecta atacar al poder legítimo! ¡ Señor, Señor, inspiradme!

Parecía como aplastado por la adversidad. Durante un momento se abismó en sus reflexiones. Luego, como si tomase de pronto una resolución irrevocable, dijo á su esposa :

— Después de leer esas líneas comprendo que vuestra presencia y la de Glorieta en el baile de la torre de Nesle me son de todo punto indispensables. Haced preparar vuestra silla de manos, que llevarán los portadores que yo traje conmigo, porque necesito á los Peiragude. Una vez en el baile, no olvidéis de ponerlos bajo la salvaguardia de la reina Luisa de Lorena, que puede y debe ser nuestra salvación. No limitéis la libertad de Glorieta. Ya os he dicho, y os repito ahora, que esa niña tendrá esta noche entre sus manos, más aún que nuestra vida : el honor de los Villanueva. Permitid que le haga mis últimas recomendaciones.

Así diciendo, besó el marqués la mano de su esposa, y se llevó á Glorieta hasta el vano de la ventana.

¿Qué es lo que convinieron allí el antiguo cautivo de Vincennes y la hija de Pedro Mirót? Los acontecimientos que van á sucederse nos lo dirán; todo lo que podemos hacer constar por el momento, es que el señor de Villanueva retiró del interior de su sobreveste un cordoncillo de seda retorcida y lo ajustó con esmero en el